

VEGAS LATAPIE Y «LA CITE CATHOLIQUE»

CARTA A LOS AMIGOS DE LA CIUDAD CATÓLICA

POR

JEAN OUSSET

Queridos amigos de la «Ciudad Católica»:

Con gran pena pero con dulce y ferviente emoción me uno a vosotros en el dolor que os oflige por la muerte de Eugenio Vegas Latapie.

Cierto que no ignoro cuán vanos pueden parecer nuestros pobres consuelos humanos ante la muerte de un amigo como él.

Pero, ¿es conveniente intentar consolarse?

Hay heridas que no debemos tener miedo a conservarlas. Heridas de las que es incluso muy santificante saber que están y que deben quedarnos siempre vivas. Inolvidables; nunca curadas.

Esto no tengo por qué recordároslo... a vosotros que... habéis conocido a Eugenio mejor que yo, a lo largo de tantos años, durante tantos acontecimientos tan graves para vuestra querida España.

¿Y qué puedo añadir yo que no sepáis ya?

¿Qué puedo añadir sino algo que tal vez sea yo el único en conocerlo?...

Fue cuando comenzaban a notarse los primeros progresos de nuestra labor, recién instalados en «Rue Copernic», cuando Eugenio Vegas Latapie, sin ningún preámbulo, cierta tarde vino a vernos. ¿Qué podía querer de nosotros ese visitante inesperado de más allá de los Pirineos? Apenas éramos conocidos, pero ya muy criticados; ¡es verdad! De hecho ese visitante no sabía de nosotros sino lo que uno de sus amigos parisinos le había

dicho..., que no se sabía bien quienes éramos, y lo que pretendíamos realizar; pero que, a pesar de esta incertidumbre, ¡estábamos ya mal vistos por los defensores del modernismo, del progresismo y por las demás personas de la «misma calaña» conocidos por su complacencia hacia la Revolución!

Muy sorprendidos y prudentes, aunque halagados por esta reputación, hicimos al visitante partícipe de nuestros informes y de nuestros proyectos. Sin gran esperanza, pensábamos: ¡qué interés podría abrigar, en efecto, este hijo de la católica España acercárenos así en nuestros balbucesos!

El relámpago, sin embargo, no tardó en brillar. De hecho, este español había adivinado todo lo que podíamos ser gracias tan sólo a las citas de los únicos maestros discernibles en nuestro trabajo. Creo que, a lo largo de todo nuestro tiempo de combate esta fue la única vez en que me he sentido tan completamente comprendido, y he estado tan rápidamente de acuerdo con alguien...

Aunque su entusiasmo por nuestro proyecto nos pareció excesivo, no nos era posible sospechar de su buen juicio ni dudar de su prudencia y sabiduría. Del erudito, del jurista, del político, del humanista, del cristiano sobretodo..., de su celo y de su impulso. ¡No sabíamos qué se podía admirar más en él!

¡Qué ejemplo..., y qué estímulo para nosotros!

¡Qué gracias de Fe, de celo, de valor, nos proporcionaron esas horas de conversación!

Pero una sorpresa todavía mayor nos estaba reservada. Este español lleno de prudencia y sabiduría no creyó demasiado intempestivo darnos a entender que un día, tal vez, en su patria podría fundarse una Ciudad Católica hermana de la nuestra. Muy extrañados le hicimos notar nuestros temores por lo que nos parecía demasiado prematuramente concebido.

—«¡Cómo sería posible —decíamos— que una labor tan específicamente dirigida contra el naturalismo, contra el laicismo de la Francia revolucionaria, pudiera convenir a la católica España!». ¿No sería de temer una gran diferencia de tono, de impacto y situación?

«Desde luego que no —nos respondió—, pues el hecho de que en Francia una acción como la vuestra pueda seducir, ser sostenida y aplaudida por jóvenes... es algo que, entre nosotros, ha de revalorarla, ¡sobre todo viniendo del país de los grandes antepasados del 89! Nada, pues, podría ser más útil a España que ver a franceses negarse a doblar la rodilla ante aquello por lo que tantos pueblos les felicitan, de haber propagado de un extremo al otro del mundo para desgracia de nuestra época».

Y Eugenio Vegas Latapie se fue, pero dejándonos deslumbrados.

El resto, queridos amigos, lo conoceréis tanto mejor que yo, puesto que tuvo lugar la continuación con todos vosotros, y continúa, ¡gracias a Dios!

Quiero, no obstante, añadir alguna cosa... Ocurrió un día, no sé muy bien por qué motivo, que un desacuerdo surgió entre nosotros. Por mi culpa. Culpa aumentada por el tono de carta que le mandé. Y esta tontería mía podría haber hecho daño. Pero, he aquí que, a vuelta de correo, me llegó la carta más admirable y más afectuosa que jamás recibí.

Carta en la que ni siquiera intentaba justificarse de lo que yo, tontamente, había creído que debía objetarle.

Este hombre excepcional y admirable en todos los conceptos era, además, «manso y humilde».

¿¡Qué habrían hecho en mi lugar!?

Emocionadísimo, hasta tal punto que no podría explicarlo, tomé el primer avión para Madrid y pedí a los dos admirables e irreductibles Eugenio Vegas Latapie y Juan Vallet de Goytisolo que me perdonasen.

Así es, queridos amigos de España, la dimensión humana y cristiana de quien lloró con vosotros. Nos queda que, por la gracia y la fuerza de la Fe, sabemos que no todo acaba en la tumba y que quienes hasta ahora han combatido y continúan luchando tan magníficamente como vosotros, se sostienen junto a Aquel único que ha vencido al mundo, a la muerte y al infierno.